

que mis padres lo son, y lo han sido todos mis antepasados, que con una medianía de los bienes de fortuna han sustentado su honra felizmente donde quiera que han vivido.

Admirada y suspensa estaba D.<sup>a</sup> Estefanía escuchando las razones de Leocadia, y no podía creer, aunque lo veía, que tanta discrecion pudiese encerrarse en tan pocos años, puesto que á su parecer la juzgaba por de veinte, poco mas ó ménos; y sin decirle ni replicarle palabra, esperó todas las que quiso decirle, que fuéron aquellas que bastaron para contarle la travesura de su hijo, la deshonra suya, el robo, el cubrirle los ojos, el traerla á aquel aposento, las señales en que había conocido ser aquel mismo que sospechaba; para cuya confirmacion sacó del pecho la imagen del crucifijo, que había llevado, á quien dijo: Tú, Señor, que fuiste testigo de la fuerza que se me hizo, sé juez de la enmienda que se me debe hacer: de encima de aquel escritorio te llevé con propósito de acordarte siempre mi agravio, no para pedirte venganza dél, que no la pretendo, sino para rogarte me dices algun consuelo con que llevar en paciencia mi desgracia. Este niño, señora, con quien habeis mostrado el extremo de vuestra caridad, es vuestro verdadero nieto: permission fué del cielo el haberlo atropellado, para que trayéndole á vuestra casa, hallase yo en ella, como espero que he de hallar, si no el remedio que mejor convenga con mi desventura, á lo ménos el medio con que pueda sobrellevarla. Diciendo esto, abrazada con el crucifijo, cayó desmayada en los brazos de Estefanía, la cual en fin, como mujer y noble, en quien la compasion y misericordia suele ser tan natural como la crueldad en el hombre, apénas vió el desmayo de Leocadia, cuando juntó su rostro con el suyo, derramando sobre él tantas lágrimas, que no fué menester esparcirle otra agua encima para que Leocadia en sí volviese. Estando las dos desta manera, acertó á entrar el caballero, marido de Estefanía, que traía á Luisico de la mano, y viendo el llanto de Estefanía y el desmayo de Leocadia, preguntó á gran priesa le dijese la causa de do procedía. El niño abrazaba á su madre por su prima y á su abuela por su bienhechora, y asimismo preguntaba por qué lloraban. Grandes cosas, señor, hay que deciros, respondió Estefanía á su marido, cuyo remate se acabará con deciros, que hagais cuenta que esta desmayada es hija vuestra y este niño vuestro nieto. Esta verdad que os digo me ha dicho esta niña, y la ha confirmado y confirma el rostro deste niño, en el cual entrambos habemos visto el de nuestro hijo. Si mas no os declarais, señora, yo no os entiendo, replicó el caballero. En esto volvió en sí Leocadia, y abrazada del crucifijo, parecia estar convertida en un mar de llanto. Todo lo cual tenia puesto en gran confusion al caballero, de la cual salió contándole su mujer todo aquello que Leocadia le había contado; y él lo creyó por divina permission del cielo, como si con muchos y verdaderos testigos se lo hubieran probado. Consoló y abrazó á Leocadia, besó á su nieto, y aquel mismo dia despacharon un correo á Nápoles, avisando á su hijo se viniese luego, porque le tenían concertado casamiento con una mujer hermosa sobremanera, y tal cual para él convenia. No consintieron que Leocadia ni su hijo volbiesen mas á la casa de sus padres, los cuales contentísimos del buen suceso de su hija, daban infinitas gracias á Dios por ello. Llegó

el correo á Nápoles, y Rodolfo con la golosina de gozar tan hermosa mujer como su padre le significaba, de allí á dos dias que recibió la carta, ofreciéndosele ocasion de cuatro galeras que estaban á punto de venir á España, se embarcó en ellas con sus dos camaradas, que aun no le habían dejado, y con próspero suceso en doce dias llegó á Barcelona, y de allí por la posta en otros siete se puso en Toledo, y entró en casa de su padre, tan galan y tan bizarro, que los extremos de la gala y de la bizarria estaban en él todos juntos. Alegráronse sus padres con la salud y bienvenida de su hijo. Suspendióse Leocadia, que de parte escondida le miraba por no salir de la traza y orden que D.<sup>a</sup> Estefanía le había dado. Los camaradas de Rodolfo quisieran irse á sus casas luego, pero no lo consintió Estefanía por haberlos menester para su designio. Estaba cerca la noche cuando Rodolfo llegó, y en tanto que se aderezaba la cena, Estefanía llamó aparte los camaradas de su hijo, creyendo sin duda alguna que ellos debian de ser los dos de los tres que Leocadia había dicho que iban con Rodolfo la noche que la robaron, y con grandes ruegos les pidió le dijese si se acordaban que su hijo había robado á una mujer tal noche, tantos años había; porque el saber la verdad desto importaba la honra y el sosiego de todos sus parientes: y con tales y tantos encarecimientos se lo supo rogar, y de tal manera le asegurar que de descubrir este robo no les podia suceder daño alguno, que ellos tuvieron por bien de confesar ser verdad que una noche de verano, yendo ellos dos y otro amigo con Rodolfo, robaron en la misma que ella señalaba á una muchacha, y que Rodolfo se había venido con ella mientras ellos detenian á la gente de su familia, que con voces la querian defender, y que otro dia les había dicho Rodolfo que la había llevado á su casa, y solo esto era lo que podian responder á lo que les preguntaban. La confesion destes dos fué echar la llave á todas las dudas que en tal caso se podian ofrecer; y así determinó de llevar al cabo su buen pensamiento, que fué este. Poco ántes que se sentasen á cenar, se entró en un aposento á solas su madre con Rodolfo, y poniéndole un retrato en las manos, le dijo: Yo quiero, Rodolfo hijo, darte una gustosa cena con mostrarte á tu esposa; este es su verdadero retrato; pero quíerote advertir que lo que le falta de belleza le sobra de virtud: es noble y discreta, y medianamente rica, y pues tu padre y yo te la hemos escogido, asegúrote que es la que te conviene. Atentamente miró Rodolfo el retrato, y dijo: Si los pintores que ordinariamente suelen ser prodigos de la hermosura con los rostros que retratan, lo han sido tambien con este, sin duda creo que el original debe de ser la misma fealdad; á la fe, señora y madre mia, justo es y bueno que los hijos obedezcan á sus padres en cuanto les mandaren, pero tambien es conveniente y mejor que los padres den á sus hijos el estado que mas gustaren; y pues el del matrimonio es nudo que no le desata sino la muerte, bien será que sus lazos sean iguales y de unos mismos hilos fabricados: la virtud, la nobleza, la discrecion y los bienes de la fortuna bien pueden alegrar el entendimiento de aquel á quien le cupieron en suerte con su esposa; pero que la fealdad della alegre los ojos del esposo, paréceme imposible: mozo soy, pero bien se me entiende que se compadece con el sacramento del matrimonio el justo y debido deleite que los casados gozan; que si él falta, cojea el matrimo-

nio y desdice de su segunda intencion; pues pensar que un rostro feo, que se ha de tener á todas horas delante de los ojos, en la sala, en la mesa y en la cama, pueda deleitar, otra vez digo que lo tengo por casi imposible: por vida de vuesa mereed, madre mia, que me dé compañera que me entretenga y no enfade; porque sin torcer á una ó á otra parte, igualmente y por camino derecho llevemos ambos á dos el yugo donde el cielo nos pusiere; si esta señora es noble, discreta y rica, como vuesa merced dice, no le faltará esposo que sea de diferente humor que el mio: unos hay que buscan nobleza, otros discrecion, otros dineros, y otros hermosura, y yo soy destos últimos; porque nobleza, gracias al cielo y á mis pasados, y á mis padres, ellos me la dejaron por herencia; discrecion, como una mujer no sea necia, tonta ó boba, hástale que ni por aguda despunte ni por boba no aproveche; de las riquezas, tambien las de mis padres me hacen no estar temeroso de venir á ser pobre: la hermosura busco, la belleza quiero, no con otra dote que con la de la honestidad y buenas costumbres, que si esto trae mi esposa, yo serviré á Dios con gusto y daré buena vejez á mis padres. Contentísima quedó su madre de las razones de Rodolfo, por haber conocido por ellas que iba saliendo bien con su designio: respondióle que ella procuraria casarle conforme su deseo, que no tuviese pena alguna, que era fácil deshacerse los conciertos que de casarle con aquella señora estaban hechos. Agradecióselo Rodolfo, y por ser llegada la hora de cenar se fuéron á la mesa; y habiéndose ya sentado á ella el padre y la madre, Rodolfo y sus dos camaradas, dijo doña Estefanía al descuido; ¡pecador de mí, y qué bien que trato á mi huésped! andad vos, dijo á un criado, decid á la señora D.<sup>a</sup> Leocadia que sin entrar en cuentas con su mucha honestidad, nos venga á honrar esta mesa, que los que á ella están todos son mis hijos y sus servidores. Todo esto era traza suya, y de todo lo que había de hacer estaba avisada y advertida Leocadia. Poco tardó en salir Leocadia, y dar de sí la improvisa y mas hermosa muestra que pudo dar jamas compuesta y natural hermosura. Venía vestida, por ser invierno, de una saya entera de terciopelo negro, llovida de botones de oro y perlas, cintura y collar de diamantes; sus mismos cabellos, que eran luengos y no demasadamente rubios, le servian de adorno y tocas, cuya invencion de lazos, y rizos, y vislumbres de diamantes que con ellos se entrefejian, turbaban la luz de los ojos que los miraban. Era Leocadia de gentil disposicion y brio; traía de la mano á su hijo, y delante della venían dos doncellas, alumbrándole con dos velas de cera en dos candeleros de plata. Levantáronse todos á hacerla reverencia, como si fuera alguna cosa del cielo que allí milagrosamente se había aparecido. Ninguno de los que allí estaban embebecidos mirándole, parece que de atónitos no acertaron á decirle palabra. Leocadia con airosa gracia y discreta crianza se humilló á todos, y tomándola de la mano Estefanía, la sentó junto á sí frontero de Rodolfo. Al niño sentaron junto á su abuelo. Rodolfo, que desde mas cerca miraba la incomparable belleza de Leocadia, decia entre sí: si la mitad desta hermosura tuviera la que mi madre me tiene escogida por esposa, tuvierame yo por el mas dichoso hombre del mundo. ¡Válame Dios! ¡qué es esto que veo! ¿es por ventura algun ángel humano el que estoy mirando? Y en esto se le iba entrando por los

ojos á tomar posesion de su alma la hermosa imagen de Leocadia, la cual, en tanto que la cena venía, viendo tambien tan cerca de sí al que ya queria mas que á la luz de los ojos con que alguna vez á hurto le miraba, comenzó á revolver en su imaginacion lo que con Rodolfo había pasado: comenzaron á enflaquecerse en su alma las esperanzas que de ser su esposo su madre le había dado, temiendo que á la cortedad de su ventura habían de corresponder las promesas de su madre; consideraba cuán cerca estaba de ser dichosa ó sin dicha para siempre; y fué la consideracion tan intensa y los pensamientos tan revueltos, que le apretaron el corazon de manera, que comenzó á sudar y á perderse de color en un punto, sobreviniéndole un desmayo, que le forzó á reclinar la cabeza en los brazos de D.<sup>a</sup> Estefanía, que como así la vió, con turbacion la recibió en ellos. Sobresaltáronse todos, y dejando la mesa, acudieron á remediarla. Pero el que dió mas muestras de sentirlo, fué Rodolfo, pues por llegar presto á ella tropezó y cayó dos veces. Ni por desabrocharla ni echarla agua en el rostro volvía en sí, ántes el levantado pecho y el pulso, que no se le hallaban, iban dando precisas señales de su muerte; y las criadas y criados de casa, como ménos considerados, dieron voces y la publicaron por muerta. Estas amargas nuevas llegaron á los oídos de los padres de Leocadia, que para mas gustosa ocasion los tenia D.<sup>a</sup> Estefanía escondidos. Los cuales con el cura de la parroquia, que ansimismo con ellos estaba, rompiendo el orden de Estefanía, salieron á la sala. Llegó el cura presto, por ver si por algunas señales daba indicios de arrepentirse de sus pecados para absolverla dellos; y donde pensó hallar un desmayado, halló dos, porque ya estaba Rodolfo puesto el rostro sobre el pecho de Leocadia. Dióle su madre lugar que á ella llegase como á cosa que había de ser suya; pero cuando vió que tambien estaba sin sentido, estuvo á pique de perder el suyo, y le perdiera, si no viera que Rodolfo tornaba en sí, como volvió, corrido de que le hubiesen visto hacer tan extremados extremos; pero su madre, casi como adivina de lo que su hijo sentia, le dijo: No te corras, hijo, de los extremos que has hecho, sino córrete de los que no hicieres, cuando sepas lo que no quiero tenerte mas encubierto, puesto que pensaba dejarlo hasta mas alegre coyuntura: has de saber, hijo de mi alma, que esta desmayada que en los brazos tengo, es tu verdadera esposa; llamo verdadera, porque yo y tu padre te la teniamos escogida, que la del retrato es falsa. Cuando esto oyó Rodolfo, llevado de su amoroso y encendido deseo, y quitándole el nombre de esposo todos los estorbos que la honestidad y decencia del lugar le podian poner, se abalanzó al rostro de Leocadia, y juntando su boca con la della, estaba como esperando que se le saliese el alma para darle acogida en la suya. Pero cuando mas las lágrimas de todos por lástima crecian, y por dolor las voces se aumentaban, y los cabellos y barbas de la madre y padre de Leocadia arrancados venian á ménos, y los gritos de su hijo penetraban los cielos, volvió en sí Leocadia, y con su vuelta volvió la alegría y el contento que de los pechos de los circunstantes se había ausentado. Hallóse Leocadia entre los brazos de Rodolfo, y quisiera con honesta fuerza desasirse dellos; pero él le dijo: No, señora, no ha de ser así, no es bien que pugneis por apartaros de los brazos de aquel que os tiene en el alma. A esta razon

acabó de todo en todo de cobrar Leocadia sus sentidos, y acabó D.<sup>a</sup> Estefanía de no llevar mas adelante su determinacion primera, diciendo al cura que luego desposase á su hijo con Leocadia; él lo hizo así, que por haber sucedido este caso en tiempo cuando con sola la voluntad de los contrayentes, sin las diligencias y prevenciones justas y santas que ahora se usan, quedaba hecho el matrimonio, no hubo dificultad que impidiese el desposorio. El cual hecho, déjese á otra pluma y á otro ingenio mas delicado que el mio el contar la alegría universal de todos los que en él se hallaron; los abrazos que los padres de Leocadia dieron á Rodolfo; las gracias que dieron al cielo y á sus padres; los ofrecimientos de las partes; la admiracion de los camaradas de Rodolfo, que tan impensadamente vieron la misma noche de su llegada tan hermoso desposorio, y mas cuando supieron, por contarlo delante de todos D.<sup>a</sup> Estefanía, que Leocadia era la doncella que en su compañía su hijo había robado, de que no ménos suspenso quedó Rodolfo; y por certificarse mas de aquella verdad, preguntó á Leocadia le dijese alguna señal por donde viniese en conocimiento entero de lo que no dudaba, por parecerle que sus padres lo tendrían bien averiguado. Ella respondió: Cuando yo recordé y volví en mí de otro desmayo, me hallé, señor, en vuestros brazos sin honra; pero yo lo doy por bien empleado, pues al volver del que ahora he tenido,

ansimismo me hallé en los brazos del de entonces, pero honrada; y si esta señal no basta, baste la de una imagen de un crucifijo, que nadie os la pudo hurtar sino yo: si es que por la mañana le echastes ménos, y si es el mismo que tiene mi señora.... Vos lo sois de mi alma, y lo seréis los años que Dios ordenare, bien mio; y abrazándola de nuevo, de nuevo volvieron las bendiciones y parabienes que les dieron. Vino la cena, y vinieron músicos que para esto estaban prevenidos. Vióse Rodolfo á sí mismo en el espejo del rostro de su hijo; lloraron sus cuatro abuelos de gusto; no quedó rincón en toda la casa que no fuese visitado del júbilo, del contento y de la alegría; y aunque la noche volaba con sus ligeras y negras alas, le parecia á Rodolfo que iba y caminaba no con alas, sino con muletas: tan grande era el deseo de verse á solas con su querida esposa. Llegóse en fin la hora deseada, porque no hay fin que no le tenga. Fueronse á acostar todos, quedó toda la casa sepultada en silencio, en el cual no quedará la verdad deste cuento, pues no lo consentirán los muchos hijos y la ilustre descendencia que en Toledo dejaron, y agora viven, estos dos venturosos desposados, que muchos y felices años gozaron de sí mismos, de sus hijos y de sus nietos, permitido todo por el cielo y por *La Fuerza de la Sangre*, que vió derramada en el suelo el valeroso, ilustre y cristiano abuelo de Luisico.

## EL CELOSO EXTREMEÑO.

No ha muchos años que de un lugar de Extremadura salió un hidalgo, nacido de padres nobles, el cual como un otro pródigo, por diversas partes de España, Italia y Flándes anduvo gastando así los años como la hacienda; y al fin de muchas peregrinaciones (muertos ya sus padres y gastado su patrimonio) vino á parar á la gran ciudad de Sevilla, donde halló ocasion muy bastante para acabar de consumir lo poco que le quedaba. Viéndose pues tan faltó de dineros, y aun no con muchos amigos, se acogió al remedio á que otros muchos perdidos en aquella ciudad se acogen, que es el pasarse á las Indias, refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, salvoconducto de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores (á quien llaman ciertos los peritos en el arte), anagaza general de mujeres libres, engaño comun de muchos y remedio particular de pocos. En fin, llegado el tiempo en que una flota partía para Tierra firme, acomodándose con el almirante della, aderezó su matalotaje y su mortaja de esparto, y embarcándose en Cádiz, echando la bendicion á España, zarpó la flota, y con general alegría dieron las velas al viento, que blando y próspero soplabá; el cual en pocas horas les encubrió la tierra, y les descubrió las anchas y espaciosas llanuras del gran padre de las aguas, el mar Océano, iba nuestro pasajero pensativo, revolviendo en su memoria los muchos y diversos peligros que en los años de su peregrinacion habia pasado, y el mal gobierno que en todo el discurso de su vida habia tenido; y sacaba de la cuenta que á sí mismo se iba tomando, una firme resolucion de mudar manera de vida, y de tener otro estilo en guardar la hacienda que Dios fuese servido de darle, y de

proceder con mas recato que hasta allí con las mujeres. La flota estaba como en calma, cuando pasaba consigo esta tormenta Felipe de Carrizales, que este es el nombre del que ha dado materia á nuestra novela. Tornó á soplar el viento, impeliendo con tanta fuerza los navios, que no dejó nadie en sus asientos, y así le fué forzoso á Carrizales dejar sus imaginaciones, y dejarse llevar de solos los cuidados que el viaje le ofrecia, el cual viaje fué tan próspero, que sin recibir algun reves ni contraste, llegaron al puerto de Cartagena; y por concluir con todo lo que no hace á nuestro propósito, digo que la edad que tenia Felipe, cuando pasó á las Indias, sería de cuarenta y ocho años, y en veinte que en ellas estuvo, ayudado de su industria y diligencia, alcanzó á tener mas de ciento y cincuenta mil pesos ensayados. Viéndose pues rico y próspero, tocado del natural deseo que todos tienen de volver á su patria, pospuestos grandes intereses que se le ofrecian, dejando el Perú, donde habia granjeado tanta hacienda, trayéndola toda en barras de oro y plata, y registrada, por quitar inconvenientes, se volvió á España: desembarcó en Sanlúcar; llegó á Sevilla tan lleno de años como de riquezas; sacó sus partidas sin zozobras; buscó sus amigos, hallólos todos muertos; quiso partirse á su tierra, aunque ya habia tenido nuevas que ningun pariente le habia dejado la muerte; y si cuando iba á Indias pobre y menesteroso le iban combatiendo muchos pensamientos sin dejarle sosegar un punto en mitad de las ondas del mar, no ménos ahora en el sosiego de la tierra le combatian, aunque por diferente causa; que si entonces no dormia por pobre, ahora no podia sosegar de rico; que tan pesada carga es la ri-

queza al que no está usado á tenerla ni saber usar della, como lo es la pobreza al que continuo la tiene. Cuidados acarrea el oro, y cuidados la falta dél; pero los unos se remedian con alcanzar alguna mediana cantidad, y los otros se aumentan mientras mas parte se alcanza. Contemplaba Carrizales en sus barras, no por miserable, porque en algunos años que fué soldado aprendió á ser liberal, sino en lo que habia de hacer dellas, á causa que tenerlas en sér, era cosa infructuosa; y tenerlas en casa, cebo para los codiciosos y despertador para los ladrones. Habíase muerto en él la gana de volver al inquieto trato de las mercancías, y pareciale que conforme á los años que tenia, le sobraban dineros para pasar la vida, y quisiera pasarla en su tierra, y dar en ella su hacienda á tributo, pasando en ella los años de su vejez en quietud y sosiego, dando á Dios lo que podia, pues habia dado al mundo mas de lo que debia: por otra parte consideraba que la estrechez de su patria era mucha, y la gente muy pobre, y que el irse á vivir á ella, era ponerse por blanco de todas las importunidades que los pobres suelen dar al rico que tienen por vecino, y mas cuando no hay otro en el lugar á quien acudir con sus miserias: quisiera tener á quien dejar sus bienes despues de sus días, y con este deseo tomaba el pulso á su fortaleza, y pareciale que aun podia llevar la carga del matrimonio; y en viniéndole este pensamiento, le sobresaltaba un tan gran miedo, que así se le desbarataba y deshacia, como hace á la niebla el viento, porque de su natural condicion era el mas celoso hombre del mundo, aun sin estar casado, pues con solo la imaginacion de serlo, le comenzaban á ofender los celos, á fatigar las sospechas y á sobresaltar las imaginaciones, y esto con tanta eficacia y vehemencia, que de todo en todo propuso de no casarse.

Y estando resuelto en esto, y no lo estando en lo que habia de hacer de su vida, quiso su suerte que pasando un dia por una calle, alzase los ojos y viese á una ventana puesta una doncella al parecer de edad de trece á catorce años, de tan agradable rostro y tan hermosa, que sin ser poderoso para defenderse el buen viejo Carrizales, rindió la flaqueza de sus muchos años á los pocos de Leonora, que así era el nombre de la hermosa doncella; y luego sin mas detenerse, comenzó á hacer un gran monton de discursos, y hablando consigo mismo decia: Esta muchacha es hermosa, y á lo que muestra la presencia desta casa, no debe de ser rica, y ella es niña; sus pocos años pueden asegurar mis sospechas: casarme he con ella, encerraréla, haréla á mis mañas, y con esto no tendrá otra condicion que aquella que yo le enseñare: yo no soy tan viejo que pueda perder la esperanza de tener hijos que me hereden: de que tenga dote ó no, no hay para qué hacer caso, pues el cielo me dió para todo, y los ricos no han de buscar en sus matrimonios hacienda, sino gusto, que el gusto alarga la vida, y los disgustos entre los casados la acortan: alto pues; echada está la suerte, y esta es la que el cielo quiere que yo tenga. Y así hecho este soliloquio, no una vez sino ciento, al cabo de algunos dias habló con los padres de Leonora, y supo cómo, aunque pobres, eran nobles, y dándoles cuenta de su intencion y de la calidad de su persona y hacienda, les rogó muy encarecidamente le diesen por mujer á su hija. Ellos le pidieron tiempo para informarse de lo que decia, y que él

tambien le tendria para enterarse ser verdad lo que de su nobleza le habian dicho. Despidiéronse, informáronse las partes, y hallaron ser así lo que entrambos dijeron; y finalmente, Leonora quedó por esposa de Carrizales, habiéndola dotado primero en veinte mil ducados: tal estaba de abrasado el pecho del celoso viejo. El cual apenas dió el sí de esposo, cuando de golpe le embistió un tropel de rabiosos celos, y comenzó sin causa alguna á temblar, y á tener mayores cuidados que jamas habia tenido; y la primera muestra que dió de su condicion celosa, fué no querer que sastré alguno tomase la medida á su esposa de los muchos vestidos que pensaba hacerle; y así anduvo mirando cuál otra mujer tendria poco mas ó ménos el talle y cuerpo de Leonora, y halló una pobre á cuya medida hizo hacer una ropa, y probándosela su esposa, halló que le venia bien, y por aquella medida hizo los demas vestidos, que fueron tantos y tan ricos, que los padres de la desposada se tuvieron por mas que dichosos en haber acertado con tan buen yerno para remedio suyo y de su hija. La niña estaba asombrada de ver tantas galas, á causa que las que ella en su vida se habia puesto, no pasaban de una saya de raja y una ropilla de tafetan. La segunda señal que dió Felipe, fué no querer juntarse con su esposa hasta tenerla puesta casa aparte, la cual aderezó en esta forma. Compró una en doce mil ducados en un barrio principal de la ciudad, que tenia agua de pié y jardin con muchos naranjos: cerró todas las ventanas que miraban á la calle, y dióles vista al cielo, y lo mismo hizo de todas las otras de casa: en el portal de la calle, que en Sevilla llaman casapuerta, hizo una caballeriza para una mula, y encima della un pajar y apartamento, donde estuviese el que habia de curar della, que fué un negro viejo y eunuco: levantó las paredes de las azoteas de tal manera, que el que entraba en la casa habia de mirar al cielo por línea recta, sin que pudiese ver otra cosa: hizo torno que de la casapuerta respondia al patio: compró un rico menaje para adornar la casa, de modo que por tapicerías, estrados y doseles ricos, mostraba ser de un gran señor: compró asimismo cuatro esclavas blancas, y herrólas en el rostro, y otras dos negras bozales: concertóse con un despensero que le trujese y comprase de comer, con condicion que no durmiese en casa, ni entrase en ella, sino hasta el torno, por el cual habia de dar lo que trujese: hecho esto, dió parte de su hacienda á censo, situada en diversas y buenas partes: otra puso en el Banco, y quedóse con alguna para lo que se le ofreciese: hizo asimismo llave maestra para toda la casa, y encerró en ella todo lo que suele comprarse en junto y en sus sazónes para la provision de todo el año; y teniendo todo así aderezado y compuesto, se fué á casa de sus suegros, y pidió á su mujer, que se la entregaron no con pocas lágrimas, porque les pareció que la llevaban á la sepultura. La tierna Leonora aun no sabia lo que la habia acontecido, y así llorando con sus padres, les pidió su bendicion, y despidiéndose dellos, rodeada de sus esclavas y criadas, asida de la mano de su marido, se vino á su casa, y entrando en ella les hizo Carrizales un sermon á todas, encargándoles la guarda de Leonora, y que por ninguna via ni en ningun modo dejasen entrar á nadie de la segunda puerta adentro, aunque fuese el negro eunuco; y á quien mas encargó la guarda y regalo de Leonora, fué á una dueña de mucha pruden-